HERMILIO VALDIZAN

A TÍ QUE ERES PADRE..

UN EPISTOLARIO DE HIGIENE MENTAL

PROLOGO DE JUAN FRANCISCO VALEGA

LIMA 1934

HERMILIO VALDIZAN

A TI QUE ERES PADRE...

Un Epistolario de Higiene Mental

Prólogo del Dr. Juan Francisco Valega.

TALLER DE LINOTIPIA
MAPIRI, 231
LIMA.—1934

Cuando preguntaron al Arabe, a cuál de sus hijos amaba más, respondió:

Al bebé hasta que haya crecido;

Al ausente hasta que haya regresado;

Al enfermo hasta que haya curado.

PROLOGO

Estas páginas son las cartas que publicó Hermilio Valdizán con el título "A TI QUE ERES PADRE...", y que vieron la luz pública el año de 1928, *en "Los Viernes Médicos" de "EL TIEMPO", sección de educación sanitaria que aparecía en ese rotativo, bajo mi dirección. Debo, sin duda, a esta última circunstancia el que los editores me hayan concedido el honor de trazar estas líneas, a manera de prólogo.*

Han sido incorporados, asimismo, a esta edición, por guardar coherencia con el tema educacional que informa esas epístolas, algunos capítulos de la CARTILLA DE HIGIENE MENTAL, obra maestra de divulgación debida a la pluma privilegiada, por fecunda y sencilla, del mismo autor.

La obra de Valdizán, polígrafo que ha dado lustre imperecedero a las Ciencias y a las Letras Peruanas, es copiosa; pero, la mayor parte de ella yace inédita, en espera de momentos menos incomprensivos que permitan su íntegra publicación.

Esa obra inédita se refiere, principalmente, a la historia de la Medicina Peruana, a la que Valdizán entregó sus dotes de benedictino; alternando, con esos trabajos, sus actividades de maestro, de médico y de psicólogo.

Pero, si su labor escrita como historiógrafo médico y como psiquiatra le señalan con caracteres firmes a la consideración agradecida de sus conciudadanos, no es menos valiosa la que realizó en sus funciones de maestro.

Si Valdizán incrementó los elementos de esa cultura librerril, que, según Keyserling, se halla en decadencia; su producción viva, la que el hombre exhalaba de sí, en su palabra hablada, en su gesto, en su sonrisa, en su conducta y que pudimos recoger, como otros tantos mensajes de vibración indefinida en el espacio y en el tiempo, cuantos tuvimos la fortuna de estar cerca de él; ésa, habrá de perdurar, igualmente, incorporada y confundida en el flujo espiritual, ininterrumpible, de la colectividad en cuyo seno vivió.

Hermilio Valdizán era magnífico como receptor y como emisor. Nadie, entre sus contemporáneos, disponía como él de ese don supremo de la comprensión inmediata, certera y de la incitación segura, generosa. Esa "curiosidad benevolente", que está en la esencia misma del auténtico médico de almas, la tenía en alto grado. Por eso, era EL PSIQUIATRA, por antonomasia.

Señalar al psicólogo es señalar al maestro. Hacer el elogio del uno, es hacer resaltar los méritos del otro. Y Valdizán, auténtico maestro, supo captar y comprender las inquietudes superadoras de las generaciones tiernas de estos tiempos, entregándose a satisfacerlas

con actividad redoblada, no obstante tenaces presentimientos de fin próximo, aún en sus últimos días.

Nada fué desaprovechado por él para verter sus palabras de vidente. No contento con la acción de la cátedra, desde la que supo lanzar semillas ciertas, volvió á la tribuna periodística, esa que conoció los esfuerzos gigantes de su primera juventud, para tratar, en la forma sencilla y accesible en la que era inimitable, temas al parecer simples, pero de honda trascendencia.

Las cartas de la serie "A TI QUE ERES PADRE..." escritas espontáneamente por él, en la propia época en la que el medio exigía de Valdizán exhaustivos rendimientos, constituyen una prueba más de su espíritu directo. Esos mensajes, afectuosos, amenos, suscitantes, dirigidos a los padres de familia, significan el valioso recuerdo escrito que nos ha dejado de su gran corazón. Es el padre amantísimo, que, al pensar en una orientación certera para sus propios hijos, piensa en todos los niños.

Los editores de este librito, al lanzarlo, como augurio feliz de una pronta publicidad para su obra inédita, han hecho muy bien en sustraer esas cartas a la fugacidad de las páginas de un diario. Porque esas epístolas, escritas por el higienista mental con el pensamiento fijo en los niños de su país, necesitaban la perennidad del libro, forma la más apropiada para difundirse y llegar a todos los hogares del Perú.

Juan Francisco Valega.

Lima, enero de 1934.

I

(El padre ante su primer hijo).

Me dices que has tenido tu primer hijo: el muñeco viviente se te antoja un vínculo nuevo y vigoroso que te une a la vida y se te ocurre tu obra mejor. Me dices que cuando contemplas al pequeño intruso, en el mullido trono de su cuna te consideras más enamorado de tu mujer y más cerca de ella.

Me dices, como tú sabes hacerlo, de toda tu felicidad de padre. Y terminas pidiendo a mis canas unos consejos que ellas no pueden negarte.

¿Recuerdas la triple exigencia oriental que sintetiza los deberes del hombre en la vida? Ella exige al hombre, para acordarle el dictado de tal, haber tenido un hijo, haber plantado un árbol y haber escrito un libro.

Cuando he meditado respecto a esta exigencia triple, he admirado la sabiduría de las viejas civilizaciones y he comprendido toda la sencillez de sus enseñanzas.

La fórmula oriental, a primera vista, nos exige demasiado: no es difícil tener un hijo, ni lo es plantar un árbol; pero sí lo es, y muchísimo, escribir un libro. ¿Por qué exigir tánto a un hombre para declararle digno de llamarse hombre?

Creo explicarme el sentido de la sentencia oriental y encuentro, en ella, una orientación educadora magnífica, que los modernos no debemos modificar.

Tener un hijo representa el deber humano de perpetuación de la especie: es la percepción nítida de ese complejo biológico que Shopenhauer llamaba "la voz de la especie". Tener un hijo es la vieja equivalencia de este moderno problema de la educación sexual, que debe realizarse con la máxima sabiduría, procurando armonizar el criterio biológico y el moral, huyendo de los postulados extremistas que pueden conducir a la disolución o a la asexualidad. Tener un hijo equivale a hallarse en aptitud de constituír un hogar sobre las sólidas bases de la salud y la madurez.

Plantar un árbol no es, seguramente, la simple operación de abandonar un tallo en un rincón del huerto: debe comprender la necesidad de cultivar el árbol plantado: el hombre debe plantar el árbol y cultivarlo, celosamente, atendiendo a su nutrición, evitando que le hagan daño los insectos golosos; evitando que le maten las iras de la tempestad, evitando que el frágil tallo se tuerza antes de llegar a adquirir el vigor que habrá de permitirle bastarse a sí mismo, para evitar los rigores de la tormenta. Este conjunto de

cuidados, que pudiera sintetizarse en observación atenta y en atención oportuna, no se refiere, literalmente, al árbol plantado por nuestras manos: se refiere, también, al hijo de nuestro amor. Cuando ha nacido tu hijo, has sembrado el árbol. Ahora te toca, campesino afortunado, cuidar el pequeño árbol, tan desamparado en el mundo de tu huerto. Obsérvalo, atentamente, goza con su desarrollo y disfruta las alegrías de su lento crecimiento: vigila que el arbolillo mantenga el tallo erecto y limpias las hojas, y cuando la tormenta incline el tallo y cubra de polvo las tiernas hojas, inclina el cuerpo hacia el pequeño, endereza el tallo y limpia las hojas...

Escribir un libro es la referencia oriental a todo aquello que escribimos en nuestros hijos, que son nuestros mejores libros. Ya has escrito tú, y páginas muy importantes, en el libro del bebé, que alegra tus días: has escrito las páginas de tu salud y aquellas de tus características, así físicas como espirituales: ya ha escrito, en ese libro, tu buena colaboradora, las páginas que corresponden a su salud y a su carácter.

¡Cuánto les queda aún por escribir, en las páginas inmaculadas del libro de vida del pequeño recién llegado! Páginas que deberán estar llenas de sabiduría y de amor, como escritas con cerebro y corazón. Páginas que debemos meditar, al doble amparo de un cariño muy grande y del mayor conocimiento posible.

¿Comprendes ahora el significado de la fórmula oriental?

No fueron hombres, ni merecieron nombre de tales, quienes tuvieron un hijo y le abandonaron a los rigores de la vida; no fueron hombres quienes plantaron el arbolillo y dejaron que le quemase la dura caricia del sol; no fueron hombres quienes escribieron odio y venganza en el libro de sus hijos, en cuyas páginas debieron escribir amor y perdón.

Por eso, amigo mío, mi primer consejo, síntesis de los que pueda darte después, hace referencia al arbolillo que acabas de plantar en tu huerto y al libro que has empezado a escribir. Procura que llegue el día en que, a esa sombra, puedas leer, sin dolor y sin remordimiento, el libro voluminoso de la vida de tu hijo

Hasta otra.

II

(Hay que vigilar, de cerca, al niño).

Vigilad al niño: vigiladlo, como el jardinero vigila la planta que él ha sembrado. Asistid, como parte y no como testigo, al desarrollo del niño: anotad el momento en el cual asoman en sus encías los primeros dientes: recordad el momento en el cual pronuncian sus labios las primeras palabras; no olvidéis el momento en el cual da los primeros pasos. Observad los juegos que más agradan a vuestros hijos; procurad penetrar en el espíritu de ellos y con aquella intuición maravillosa de padres y madres, observad cómo se desarrolla la inteligencia del pequeño y cómo se forma su carácter. Todos estos elementos, recogidos prolijamente, tienen un grandísimo valor en medicina mental: ellos permiten al médico asistir mejor y con mayor eficacia al hombre enfermo. Y esta observación, de suyo interesante, permite también a los padres darse cuenta de la aparición de ciertas anomalías res-

pecto de las cuales DEBE CONSULTARSE LA OPINION DEL MEDICO.

La formación de la personalidad comienza en la cuna. El niño, cuando recién nace, no está mejor dotado mentalmente que cualquier animal doméstico. No conoce más mundo que el suyo interior, absurdo y egoísta. Cuidáos mucho de observar sus reacciones, y tratad, sin vehemencias ni apasionamientos, de condicionar sus reacciones de la manera más apropiada, sin creer que ya son seres racionales. Educad a vuestros hijos desde la cuna, comenzando, como lo hacen los adiestradores, por aprovechar sus instintos y necesidades en el sentido de establecer buenas costumbres, sin alimentar ni dejar repetir los primeros desvíos. Constituid sus primeros hábitos de la manera más sabia tomando consejo del médico especialista, pues los primeros hábitos, las primeras costumbres, las primeras maneras de satisfacer sus necesidades, son todo un molde sobre el cual se formarán las reacciones y el modo de ser en general después. El niño es egoísta, pero un cariño discreto, sin exceso, puede despertar en él, desde muy temprano, la necesidad de estimación, de aprecio, lo cual constituye el camino real de la crianza y de la educación. Condicionad, en vuestros hijos, esa necesidad de estimación, que es cosa muy distinta del engreimiento ciego, y con ello lograréis transformar gradualmente los móviles de su conducta, de groseras necesidades corporales en sentimientos familiares delicados; de impulsiones egoístas en aspiraciones generosas. CONDICIO-

NAD, EN VUESTROS HIJOS, LA SUBLIMACION DE LOS MOVILES DE SU COMPORTAMIENTO.

Vigilad a los niños. Llevad una libreta de pesos, mensuales, bimestrales o trimestrales. Anotad, en la misma libreta, las medidas de la estatura, igualmente periódicas que aquellas del peso. Entonces os podréis dar cuenta si el niño hace los progresos que debe o no realiza su desarrollo como es debido. Y entonces debéis solicitar del médico la explicación y remedio de tales suspensiones e irregularidades de desarrollo.

La salud no se separa, por un límite bien definido, de la enfermedad. Hay estados y manifestaciones indecisas, que es de sumo valor sean observadas en el niño. Raro es el niño que no tiene algún órgano que no trabaja de manera perfecta: alguna función retrazada; alguna inferioridad constitucional o adquirida. La observación de esto, de manera minuciosa y seguida a través del desarrollo del sujeto, tiene sumo valor, no sólo para mejor comprender y tratar las enfermedades, después, sean físicos o mentales, sino para poder orientarlos mejor en el momento en que deben definir su vocación, y en aquel en que deben establecer su modo de vida. Más gente de lo que se cree a primera vista, es víctima de un insidioso sentimiento de inferioridad, que tiene sus raíces en la infancia y que, de ser desarraigado por el especialista, haría al sujeto más productivo y mejor adaptado a la realidad, y menos desgraciado. PENETRAD, CON SIMPATIA, EN EL CORAZON DE VUESTROS HIJOS: SU

MUNDO, PARA ELLOS, ES TAN REAL, COMO LO ES EL VUESTRO, DE ADULTOS, PARA VOSOTROS.

Vigilad a los niños. Fijáos en sus notas de aprovechamiento y en sus notas de conducta. Estas notas, que muchas veces habéis descuidado, os informarán respecto a la vida escolar de vuestros hijos; ellas os dirán si se ha operado, en el niño, cambio espiritual, traducido por las alteraciones de la conducta o del aprovechamiento. Muchas veces, estos cambios bruscos de la vida escolar de los niños obedecen a causas, que sólo el médico especialista puede remediar. PRECISA CONSULTAR AL MEDICO ESPECIALISTA.

Asistid al niño en sus enfermedades. No economicéis dinero, recurriendo a los servicios de un empírico.

Aquellos remedios que procuran curar los síntomas, suelen enmascarar enfermedades, cuyos progresos son de fatalísimas consecuencias, pudiendo llegar a la pérdida del niño. Llamad al Médico o acudid al Consultorio o al Dispensario; pero no entreguéis la vida de vuestros hijos a los aciertos casuales de los empíricos.

III

(El padre debe procurar ser el mejor modelo posible para su hijo).

La madrecita buena ha tomado, entre sus brazos, al hijo de su alma, lo ha levantado a la altura de su cabeza y, después de mirarlo con un arrobamiento que sólo es de las madres, ha murmurado:

—Es el retrato de su padre.

Esta frase me ha hecho pensar en las responsabilidades del modelo que ofrecemos a nuestros hijos. Si el parecido físico es obra de la herencia, el parecido moral es obra de nuestra comprensión de las delicadísimas funciones de la paternidad: es a nuestro ejemplo, en un empeño infatigable de identificación, que se forja la moralidad de nuestros hijos. Debemos saber que representamos el molde constantemente observado, finamente observado, con sorprendente finura, insospe-

chable en relación a la edad de quien nos observa, y, sabiéndolo, estamos obligados a constituir el mejor modelo posible.

Casos hay—muy numerosos—de reproducción exacta de los defectos morales paternos: yo he visto, sin sorpresa, aunque con dolor profundo, sujetos jóvenes que viven, exactamente, la misma vida que vivieron sus padres, recorriendo el mismo camino y recorriéndolo en la misma forma, alcanzando las mismas fugaces victorias que logran la simulación y sus derivados, sufriendo las mismas derrotas que sufren quienes, en la pelea de la vida, emplean armas de mala ley. Segundas ediciones de malos libros, faltas de corrección, reproducen, admirablemente, las páginas borrosas de la vida inquieta en que hallaron el modelo de la propia vida.

Hay padres que ignoran esta calidad de modelos de sus hijos y que no saben la observación acuciosa de que son objeto por parte de sus hijos. Padres hay—aún entre las personas que llamamos cultas—que continúan manteniendo la tradición de una infancia que asiste, impasible, al ir y venir de los acontecimientos, sin tomar nota de ellos y sin hacer de ellos el propio tesoro. Y estos padres proceden, lógicamente, con este equivocado concepto.

Ellos no creen en la observación severa de los pequeños, para quienes no pasa inadvertida la mirada tierna que el padre dirige a una mujer que no es la suya, para quienes no es un misterio la adquisición

indebida que el padre hace de dineros que emplea en satisfacción ilícita.

Ellos siembran en tierra ávida de semilla. Ellos dibujan el modelo que sus hijos habrán de imitar en la vida. Ellos cosecharán el doliente fruto de las irregularidades de la juventud y de la madurez de sus hijos. Más tarde, en el dintel de la ancianidad, cuando el organismo fatigado y el espíritu, más fatigado todavía, buscan, afanosamente, la tranquilidad del hogar, cuando la muerte de unos amigos y el olvido de otros amigos, nos invitan a buscar el refugio del hogar, ellos, los malos sembradores, los modelos inconvenientes, sufrirán el dolor enorme del espectáculo de sus propias vidas, vividas por aquellos hijos a quienes debieron abrir ellos el camino de la felicidad.

No olvidemos estos hechos y procuremos ofrecer a nuestros hijos el mejor modelo moral: no abandonemos a la herencia la trasmisión de estos caracteres, como abandonamos a ella la trasmisión de los rasgos fisonómicos.

IV

(La madre debe ser, ante su hijo, la apologista de las excelencias, verdaderas o ficticias, del padre).

Tu hijo duerme. La madre contempla, embelesada, el sonrosado rostro del durmiente y sueña despierta: por magia de este ensueño diurno, ella asiste al espectáculo de la juventud triunfadora del buen muñeco, que respira tranquilo, y la tersura de cuya frente manifiesta que la amargura no sopló todavía en el jardín de su vida. La madre cree verlo joven, sano y fuerte, con la doble fortaleza del cuerpo y del alma, y cree verlo avanzando sin tregua, con la sonrisa en los labios y lleno de fé el espíritu generoso y optimista. Cree verlo luchando mil batallas y ganando mil victorias, ignorando el tibio amargor de las lágrimas y la fría amargura de la derrota; cree verlo amando y amado... Y, entonces, la soñadora se aferra a los bronces de la cuna, para aferrarse a la infancia de su hijo del alma, que ella quisiera eterna y que habrá de pasar, sin embargo.

Dejad que duerma el niño; permitidle la buena tregua espiritual y, en tanto que el niño duerme, hablad de él; hablad bajito, para que la tosca realidad no turbe la divina placidez de ese sueño.

Habla tú. Díle a tu mujer que el pequeño necesita de tu grandeza para alcanzar un día la serenidad de su vida. Tú y tu mujer deben empeñarse cuanto puedan, para hacer muy grande la grandeza tuya, y todos los padres y todas las madres debieran empeñarse en crearla, cuando ella no exista. El pequeño necesita que su padre sea grande, con una grandeza cualquiera, la más accesible de las grandezas: necesita que el padre sea fuerte, o sea inteligente, o sea bueno; porque el niño que, por regla general, lo perdona todo a la madre, es exigente, en demasía, cuando juzga a papá.

El pequeño saltimbanqui puede mirar, con honda tristeza, el rico vestido del niño aristócrata; puede observar, con una de esas penas que escapan al marco tiránico de las palabras, el automóvil de lujo en que el niño rico llega al circo; pero ¡cuánta alegría hay en sus ojos, cuando compara la figura atlética de su padre con aquella menguada del padre rico! El saltimbanqui compara, con ese espíritu implacablemente comparador del niño, y pone en un platillo de la balanza de su crítica la fortaleza paterna y pone en el otro platillo los vestidos elegantes y el automóvil de lujo. La sierpe de la envidia, que comenzaba a clavar su aguijón en el albo espíritu infantil, se aleja... y el saltimbaqui se duerme esa noche, en un frío rincón

de la barraca, pensando que hay, en el mundo, padres ricos y padres fuertes. Y que, a veces, más vale, en la vida, unos músculos de acero.

Apologistas de la grandeza paterna, sean las madres labradoras de la grandeza de sus hijos. Exalten la fuerza, la inteligencia o la bondad de los padres, y cuando el infortunio no haya puesto, en el padre, ni bondad, ni inteligencia, ni fuerza, mientan, cuidadosamente, la grandeza ausente. Piensen las madres que esas grandezas, magnífico presente de la realidad o ficción magnífica, habrán de traducirse un día, en los hijos, en la firmeza del paso en la vida, en la serenidad de contemplación de la realidad, en el respeto de lo respetable y en el amor de todo aquello que vale la pena de amar.

Y nosotros, los padres, procuremos la mayor grandeza, como legado espléndido, para nuestros hijos. Que la conciencia de nuestras fuerzas, de nuestra inteligencia o de nuestra bondad, llegue a ellos como una fuente de grandeza, como un estímulo y un imperativo. Y ¡benditos aquellos hijos que, en rivalidad lícita con sus padres, logran el gran bien de superarlos!

Prohibe a tu mujer el abusivo empleo del modismo familiar:

—Tu "pobre papá"...

El "pobre papá" inspira lástima. Y el padre *sólo* debe inspirar piedad al hijo, cuando la enfermedad lo hiere y cuando la muerte lo lleva.

V

(Recuerda que el niño asocia sus percepciones a los sentimientos, placer y dolor, que las acompañan).

El horror que tu pequeño experimenta por sus baños ha levantado, en tu espíritu, una formal protesta contra el origen marino de la humanidad. Me dices, en tu última carta, que el niño, apenas sumergido en la suntuosa tina, obsequio de la abuela, expresa, ostensiblemente, su desagrado, en forma tal, que has debido preguntarle al médico, si no sería mejor suprimir estas torturas cotidianas del pequeño gran señor.

Sorpréndeme esta revelación tuya; pues en las expresiones de la felicidad que he advertido en los pequeños al bañarse, bien pudiera un lápiz experto sintetizar la expresión mínima de felicidad, en la primera etapa de la vida de los hombres. Hay que ver a los pequeños, sentados en sus tinas, batiendo con ambas manos el agua, sin preocuparse—¡felices ellos!—del

daño a tercero que ocasionan y expresando, en sus rostros, la felicidad de la caricia tibia del líquido ambiente y aquella, no menor, del dominio de un elemento más tangible que el aire. Es tanta la satisfacción que este baño produce en los pequeños, que no es, sin ruda protesta, que se logra arrebatarles a él.

Si tu niño rechaza el baño ,sus razones tiene para protestar, y es deber tuyo interpretar, convenientemente, sus protestas. Si tal haces, debemos esperar que la temperatura del agüa, la brusquedad de pasaje de la temperatura ambiente a aquella del baño o alguna experiencia dolorosa que ha herido, cruelmente, la sensibilidad del niño, representan la expresión de estas protestas, que tan en justicia te han sorprendido. Investiga, cuidadosamente. Procura, recordar, si, en el momento del baño, el niño percibió el ruido molesto de una puerta, la carrera o grito destemplado de alguna criada.

Tu niño tiene—sin que esta aseveración pueda ofender tu paternal afecto—la mentalidad del mono. Tú sabes que para el ilustre viejo Stanley Hall, que tan finamente estudió el alma infantil, la mentalidad del niño, antes de los dos años, representa, en la historia de la especie, la mentalidad simia.

Y tú sabes que el simio asocia, fácilmente, sus percepciones a aquellos elementos, placer y dolor, que las acompañan: si, en momentos de tomar un fruto, una piedra rodó sobre el cráneo del infeliz, el simio se considera autorizado a vedarse el fruto, como recurso ele-

mental para evitar el rudo coscorrón. Si, en momento de acercar sus labios a una fuente, fué agredido por el león famélico y debió la salvación a la agilidad de sus remos, el simio no volverá a llegar cerca de aquella fuente, o, si llega, torturado por la sed, comenzará por investigar la presencia del león.

No de otra manera discierne tu pequeño; pues sus interpretaciones de una realidad, que considera como parte de su Yo, están intensamente influenciadas por el elemento placer o dolor, siendo, como es, la sensibilidad la característica psicológica de esta edad. De allí que esta época de la vida sea la más propicia para la formación de hábitos.

No olvides una noción familiar: cuando llega el momento del destete, nuestras abuelas recuerdan la conveniencia de untar el pezón materno con sustancias que, produciendo sensaciones desagradables en el niño, lo invitan a abandonar esa fuente de vida que es, para él, el pecho materno. A pesar de la raíz biológica de la alimentación específica, el niño que, en los primeros días, procura sacrificar su gusto a su hambre, acumula tanto dolor en la sensación gustativa de las sustancias amargas, colocadas sobre el pecho de la madre, que concluye por abandonar éste y por aceptar la invitación de las sopas y de las manzanas. El dolor ha sido, en este caso, un factor educativo. El pequeño simio ha recibido este duro coscorrón de la solución de quinina o del lamedor de achicoria con que fueron destetados nuestros abuelos.

No sigas, con demasiada fidelidad, el anacrónico proverbio de que la letra con sangre entra, ni procures vencer la protesta de tu pequeño, a fuerza de perseverar en someterlo a la tortura de un baño mal dado. No imites a esas pobres madres que, en el ambiente risueño de nuestras playas, ofrecen el espectáculo innoble de domadoras de sus pequeños, a quienes sumergen, violentamente, en el mar.

Procura entenderle a tu pequeño: en sus gritos, en sus llantos, en el aferrarse a tu cuello, cuando intentan sumergirlo, violentamente, en el baño, te está diciendo muchas cosas, que estás obligado a comprender: Te está diciendo que vigiles la temperatura del agua; te está diciendo que no lo sumerjas violentamente y que le evites desagrados y dolores que sólo tú y tu mujer son capaces de evitarle.

Ahora que lo has comprendido, estoy seguro que pensarás en las buenas razones que el granuja tenía para protestar, ruidosamente.

VI

(Hay que seleccionar los juguetes del niño).

Me refieres, en tu carta última, haber llevado a feliz término, el primer viaje a ese mundo infantil, tan interesante, de los juguetes. Hágome cargo de tus perplejidades, en presencia de una variedad tan grande de objetos que la industria pone a disposición del amo del siglo: me parece asistir, en persona, a tus vacilaciones, entre el caballo balanceador y el juguete mecánico; a tus dudas, entre la caja de soldados y aquella de pastorcillos.

El juguete es elemento indispensable en la vida del niño; pero su elección necesita sujetarse a ciertos criterios para corresponder a la finalidad del juguete. Debe elegirse éste, por sí mismo y en relación con el niño al cual está dedicado.

Procuremos que el juguete, elemento de la naturaleza que el niño va a dominar despóticamente, sea un

símbolo agradable: evitemos, pues, aquellos juguetes que la mano inexperta del fabricante puso en circulación, explotando la opinión errónea, según la cual el niño solo iguala en tolerancia al papel. Evitemos aquellas caras mal pintadas, evitemos aquellos vestidos grotescos, evitemos todo aquello que, por premuras de tiempo, resulta deformación de la naturaleza.

Pensemos que el gusto de los niños debe ser educado desde muy temprano y pensemos que muchos malos gustos de la juventud y de la madurez, tienen su raiz real en el descuido que los padres podemos poner en la selección de los elementos materiales del ambiente de los pequeños. Si el juguete es bello en sí mismo, si es un juguete armónico, ello representará un número educativo que deberemos aprovechar.

Otro tanto cabe decirse del decorado de las habitaciones del pequeño: procuremos la mayor perfección de los dibujos y cuadros, la mejor armonía en formas y colores: todo ello contribuye a familiarizar al pequeño con estos espectáculos formadores del buen gusto.

En la vieja Europa, que piensa en el niño más que la joven América latina, se han constituído ligas que persiguen la finalidad de desterrar de los niños nuevos toda simpatía por la guerra y que han adoptado, entre otras juiciosas medidas, la guerra al juguete guerrero: estas ligas recomiendan a los padres que no obsequien a los niños las cajitas de soldados de plomo, los poderosos castillos de cartón madera, los aco-

razados formidables, cuyos marineros inmóviles desafían, risueños, los embates del océano. Evoco este recuerdo para manifestarte cuan grande es la influencia del juguete en la formación espiritual del niño, si bien no soy optimista, en demasía, respecto al buen éxito de aquellas inofensivas ligas pacifistas, que echaron en olvido el viejo adagio latino, que nos asigna calidades de lobo.

El juguete puede contribuir a modificar ciertas personales tendencias advertibles en el niño y debe ser tomado, desde este punto de vista, como neutralizador amable de tales inclinaciones: en presencia de un niño apocado, de un pequeño que desconfía, prematuramente, de sus aptitudes de victoria en la lucha por la vida, el manejo de soldados puede tener mayores ventajas que inconvenientes, como simbolización de dominio. Al contrario, en el caso más frecuente de espíritus rudamente dominadores, pueden neutralizar en algo estas tendencias, los juguetes que digan al espíritu del niño de la paz tolstoiana de que nos hablan las cajas a contenido bucólico, con sus pastorcillos sonrientes, con sus chozas eternamente limpias, con sus ganados paciendo, tranquilamente, en sus pastos de cartón.

El cine ha robado importancia al juguete en la educación infantil; pero ello constituye argumento que reservo para mi próxima carta. Por ahora me limito a

hacerte las indicaciones que llenan la presente y a las cuales pongo término, recordándote que alguien ha dicho, con grandísimo acierto, que el mejor juguete del niño es una piedra. Porque la piedra es la natureleza y el pequeño intenta, desde muy temprano, el dominio de la naturaleza.

VII

(Hay que emplear el procedimiento menos cruel para el destete del niño).

La historia del niño, historia amable escrita con el más santo de los amores, como todas las historias, asociación varia de episodios, amables como la historia misma los unos, ingratos no pocos. El primogénito de todas las familias tiene su historia especial: a él le corresponden, a guisa de privilegios de primogenitura, los ensayos educativos y los ensayos de crianza: es en él que hacen los padres el aprendizaje—que debieran llevar hecho al formar el hogar nuevo—de cómo se debe vigilar el crecimiento de la preciada plantita humana y de cómo se debe aportar a esa vigilancia el concurso de una serie de conocimientos sencillos. Cuando nace un segundo niño, el entrenamiento — como se dice hoy en día — está hecho ya: la madre sabe que el pequeño debe ma-

mar a sus horas; no ignora que ciertas enfermedades o ciertos estados dependen de irregularidades alimenticias; ya sabe ella cómo se rebaja el alto nivel de una fiebre y cómo se actúa en aquellos momentos angustiosos que separan el estallido de la enfermedad de la llegada del médico. En la historia de todos los niños hay un episodio en que el segundo no logra beneficios comparables a éstos que dejamos dicho: queremos referirnos al destete. Llegado el momento oportuno—y es sabido que esta oportunidad se establece con sujeción a los más variados y empíricos criterios—la madre procede al destete. Y se realiza esta operación con una técnica siempre igual y siempre con mengua de los sagrados derechos del niño, que piensa en la madre exclusivamente: sólo se tiene en cuenta el empeño de evitar que el glotón dañe a la autora de sus días. Y no se piensa en el daño que esta práctica puede significar para el porvenir del pequeño: este pobre espíritu—en el cual no piensa el especialista grave—debe sufrir su primer grave desencanto cuando la ignorancia social le hace desagradables las fuentes de vida, la vida misma.

Habituado a hallar en el pecho materno, los elementos necesarios para su nutrición y para otras misteriosas satisfacciones de que está rodeado el ejercicio de su derecho a la vida, se halla un día con el desagrado de estas fuentes. Sorpresa enorme para el pequeño, dolor sin límites, apenas comparable al dolor que experimentaríamos, hallando fétida el agua necesaria

para humedecer nuestras fauces desecadas e irrespirable el aire necesario para respirar. Gran dolor este de la comprobación de la amargura de aquellos pechos maternos que eran dulzura máxima de la vida. Grande primer desencanto, explicación humilde de ciertas desviaciones del porvenir, de ciertas actitudes de renunciamiento, de ciertas renunciaciones a los halagos de la vida.

¿No crees tú que esta vieja práctica milenaria puede ser abandonada? ¿No crees que sería posible llegar al destete por el procedimiento menos cruento y más respetuoso de los derechos del niño y menos peligroso para el porvenir del niño? ¿No has pensado, alguna vez, asistiendo a la práctica ritual del embadurnamiento de los senos maternos con una solución de quinina, en la profanación de tal práctica y en el daño espiritual que tal práctica constituye para el infeliz lactante? ¿Por qué, lejos de invitar al niño al abandono de las fuentes primeras de su nutrición, cegando éstas por el disgusto, no se ha de procurar hacer más grato que el alimento materno, el ofrecido como sustituto por el especialista grave, poco o nada respetuoso del tan respetable espíritu del pequeño?

VIII

(La madre debe prepararse para la educación del niño).

Recuerda que tu hijo te deberá toda su felicidad o toda su desventura, según la educación que le ofrezcas.

Recuerda que tu esposo no tiene el tiempo necesario para ayudarte a educar a tu hijo y ha delegado en tí toda su autoridad de educador, olvidando que tú no has aprendido a educar, porque nadie se preocupó de prepararte para tal misión nobilísima. Tu esposo, en busca de los elementos necesarios para el mayor bienestar del hogar, llega a la casa fatigado de su esfuerzo y anheloso de un merecido descanso.

El tampoco está preparado para educar a su hijo y halla cómodo que seas tú la que se encargue de hacerlo.

Recuerda que si tus intuiciones son maravillosas, ellas no bastan para que salgas airosa en tus empeños.

Ellas te permitirán muchos aciertos; pero, en la educación de tu hijo, necesitas el mayor número de aciertos y lograrlos es obra de tu preparación. Prepárate, pues, madrecita, que sueñas con la ventura de tu hijo, como no soñaste con la propia ventura. Estudia.

Cuando velas el sueño de tu hijo y la fatiga no te permite una labor de manos, gustas de leer un libro. Y tomas, entre tus manos, una novela barata, una mala novela, por su forma y por su fondo, una mala novela que sólo puede lograr el daño de estragar tus gustos o de perturbar tu buen criterio. Procúrate, para esos momentos, un libro que trate de argumento más caro para tí: un libro sencillo que te diga cómo debes educar a tu hijo.

Has creído, hasta ahora, que sólo el amor debe dictar tu línea de conducta para educar a tu hijo: has creído que te basta tu amor entrañable, para aconsejarte bien. Esta creencia es un error. Y debes salir de él.

Es necesario que sepas que cada niño es distinto de los demás. Por eso, no te sirven, eficazmente, los preceptos educativos que te enseñó la tradición familiar. Por eso, yerran las madres que educan, igualmente a todos sus hijos y que consideran esta igualdad como un título de acierto. Es necesario estudiar a cada niño, para ofrecerle la educación individual de que ha menester.

En la vida de tu hijo aparecerán manifestaciones de anormalidad, que debes acostumbrarte a sorpren-

der. Ellas son de una importancia grandísima; porque su conocimiento oportuno permite alejar al niño de esos dos caminos trágicos, que son los del delito y la locura. Esas manifestaciones son, también, en muchos casos, acertadas palabras de alerta, condenadoras del sistema educativo hasta entonces empleado e indicadoras del sistema educativo que deberá emplearse.

Tú, madrecita, que sueñas con la gloria de tu hijo; tú, que darías la última gota de sangre por ahorrarle un dolor o por adquirir, a ese precio generoso, la felicidad de tu hijo: estudia el alma del niño, primero; estudia el alma de tu hijo, después: edúcalo en conformidad con ese conocimiento. Si lo haces, tu recuerdo vivirá en tu hijo, mientras éste viva y será tu nombre el asociado ineludible de sus alegrías y de sus victorias.

IX

(El niño representa, por su egoísmo, al hombre primitivo).

Soy un prófugo habitual de la actualidad. Sabiendo que ella no puede adaptarse a mi yo humilde, gusto de abandonarla para ofrecerme la tregua generadora de la placidez espiritual, que me permite volver a sufrir la agresión continuada. En una de estas deserciones de la actualidad, he visitado hoy a mi excelente amigo de cinco años de edad, sujeto bello e inteligente, en cuya observación, plena de interés, he hallado, muchas veces, la generosa explicación de sucesos aparentemente inexplicables. He venido a buscarle como a representativo del pasado de la especie, como quien va a buscar al abuelo cavernícola, en el refugio de su cueva primitiva, decorada con dibujos que tantas ve-

ces halla nuestra mirada en los muros torturados de una derruída escuela.

El pequeño amigo me ha recibido con el cariño de siempre. En sus ojillos azules, en sus rojos labios, en su carita muy blanca, ha cuidado de poner su expresión más acogedora. Se ha colgado de mi cuello y ha besado mi frente y me ha preguntado por mis libros viejos y por aquellos papeles amarillentos, en cuya contemplación me sorprendiera, alguna vez. Pero sus ojillos buscaban, ávidamente. el abultamiento determinado en mis bolsillos por los juguetitos que acompañan a mis visitas. Como la noción visual no le complaciese, sus manecitas simularon una caricia para apreciar la inquietante realidad. Esas manecillas de muñeco debieron realizar una concienzuda averiguación; pues entonces el pequeño intensificó sus zalamerías.

Era llegado el momento de la obligada ofrenda: saqué del bolsillo ya explorado por el niño, las dos o tres chucherías que le llevaba aquel día: un borriquito de celuloide, dos boxeadores de hoja de lata y unas bolitas de cristal. El niño observó, atentamente, los juguetes, antes de pronunciarse sobre el mérito de ellos, como corresponde a un crítico enterado del oficio. Después, sus ojillos miraron en dirección del bolsillo, como en espera de otros juguetitos, y cuando adquirió el convencimiento de que no había más que esperar, me expresó sus agradecimientos: los juguetes eran muy bonitos e iba a jugar con ellos. Y se marchó, excusándose en la necesidad de aprovechar aquellos juguetes que yo le había obsequiado para su entretenimiento.

Permanecí una hora en casa de los padres de mi amiguito. El niño no volvió. Una leve amargura pasó por mi espíritu: el pequeño representativo de la antigüedad de la especie me demostraba con su abandono la tradición secular de la ingratitud de los hombres. Habidos los juguetes, el donador dejaba de representar un elemento interesante en la realidad y era abandonado hasta que volviese con los bolsillos ocupados...

¿Para qué quejarse?

¿Para qué?

La vida nos ha agrupado a los hombres, con caprichos de mujer: ella nos ha dividido en dos grandes grupos: el grupo de los niños, que sólo buscan juguetes en los bolsillos de sus amigos, y el de los niños, a despecho de los años vividos, de las arrugas que surcan nuestro rostro y de las canas que peinamos, que colocamos, generosamente, en nuestro bolsillo, el borriquito de celuloide, los boxeadores de hoja de lata y las bolitas de cristal.

X

(No engañes a tu hijo: puedes convertirlo en un desconfiado).

Muchas son las personas mayores que consideran la mentalidad del niño como una restricción normal de la mentalidad del adulto y que cuidadosas de su lógica, actúan en perfecta conformidad con tal erróneo concepto. Juzgando al niño un adulto comprimido, proceden, con él, como procederían con un adulto, víctima de una insuficiencia mental, y reservan al niño idénticas actitudes que aquellas habitualmente reservadas al idiota, al imbécil o al simple débil mental.

Estas personas mayores ignoran que la mentalidad del niño no es absolutamente comparable a la mentalidad de los débiles mentales, como se pretendió alguna vez, aun por los hombres de ciencia; puesto que, en

tanto que los débiles mentales han llegado a la madurez psíquica logrando un nivel humilde, el niño sólo vive una etapa de su evolución mental y tiene, ante sí, todas las espectativas lisonjeras de este desarrollo. Más aun, aquello que en el débil mental es producto, en el niño es elemento: el niño prepara su porvenir mental, en tanto que el débil ejercita su mentalidad.

Me sugieren estas reflexiones las mentiras que padres y madres arrojan, despiadadamente, en el espíritu de los pequeños, sin pensar en el daño grave de esta conducta ligera. Cuando ofrecemos a un débil mental un regalo para el día siguiente, podemos hacerlo porque sabemos que la memoria de ese desventurado no le permitirá recordar el ofrecimiento y sabemos que, caso de recordarlo, no podrá edificar, sobre la base del engaño sufrido, ningún concepto que deba contar entre las directrices de su vida. Pero, cuando engañamos al niño, las consecuencias son bien diversas: el niño hace tesoro de su personal experiencia y aprende temprano que sus padres, sus modelos de perfección, sus más puras vías de conocimiento de la realidad dentro de la cual deben desarrollarse y vivir, pueden mentir.

Cuando en la jornada de la vida hallamos ejemplares dolientes de desconfianza sistematizada, cuando asistimos a la tortura espiritual de aquellos hombres que consideran impuras todas las fuentes de conocimiento y que buscan la interpretación egoísta de los gestos más claramente altruistas, acude a nuestra

memoria el recuerdo de las mentiras inútiles que padres y madres ofrecieron, como satisfacción inadecuada, a la curiosidad de sus hijos o utilizaron, como solución fácil de pequeñas dificultades.

Cuando intentamos que el niño tome unas cucharadas desagradables, no se les ocurre a los padres ofrecerles aquello que pueden concederles, sino, precisamente, aquello que les es imposible ofrecer. No se les ocurre ofrecerles un paseo a orillas del mar, o un postre agradable, o un juego que aún la mayor pobreza puede llevar a cabo. En estos casos, la mamá, angustiada, suele ofrecer una estrella o un juguete de lujo, que la miseria familiar no puede adquirir.

¿No sería llegado el momento de economizar al espíritu del niño los dolores del engaño familiar? ¿No sería llegado el momento de ofrecerle, a él, que es todo lealtad, la lealtad que se merece?

Piensa en ello. Y no engañes a tu hijo.

XI

(El enorme poder evocador de la canción de cuna).

¿Te has preguntado, alguna vez, el por qué de la emoción placentera que pone en nuestras almas la melodía simple, ingenuamente quejumbrosa y levemente arrulladora?

En días plenos de tristeza, cuando la vida ha parecido gozarse, sádicamente, en llevar a tus labios las copas de todas las amarguras y cuando, por virtud de éstas, han surgido en tu espíritu vagos anhelos nirvánicos, ¿no te ha ocurrido canturrear una canción apren dida no se sabe cuándo e incorporada a la conciencia no se sabe dónde?

Dulces canciones sencillas, en cuyas notas simples derivó sus penas seculares el alma infantil del pueblo; canciones huérfanas de belleza y pobres en sus

palabras, en veces incoherentes, como es pobre de palabra, inconexa y áspera la expresión de los grandes dolores del hombre. Pobres canciones, que entrega a los vientos la voz chillona de los organillos y que, en la tiniebla densa de los caminos solitarios, entona, medrosa, la voz del sujeto que en la canción se procurara una compañía.

Estas canciones, en cuya articulación pone todo su dolor la voz que las canta, equivalente infantil y social son de las interjecciones con que debiéramos expresar las tormentas de la vida. Ellas evocan, en nuestra memoria, el recuerdo del paraíso perdido de nuestra infancia.

Alguna conciencia debemos tener de toda la felicidad que representan los días dorados de nuestra cuna y de toda la placidez admirable de aquellos. días siempre iguales, porque cada una de ellos nos trajo, en sus alboradas, un rico puñado de ilusiones; alguna conciencia de aquellas horas vividas en el reino de la fantasía, a salvo de la amargura del vivir, en común, con otros hombres, que quieren lo que queremos nosotros y en cuyo camino podemos colocarnos, inadvertidamente, para suscitar su queja y su rencor.

Estas melodías, ingenuamente quejumbrosas, evocan, en nuestra memoria fidelísima, el eco lejano de otras melodías, cantadas cerca de nuestra cuna, por una voz inolvidable: evocan la memoria de una voz que cantaba, trémula de emoción, al mismo tiempo que unas manos piadosas arreglaban los cobertores,

para evitarnos el frío y el dolor del ambiente: evocan el recuerdo de la mujer bendita, que nos enseñó a amar, en ella, a la Humanidad.

Canción de cuna, sencilla canción que nuestras pobres madres aprendieron para arrullar el sueño de sus muñecas y que debieron repetir, años más tarde, ya mujeres, habiendo sufrido ya el dolor de la maternidad y habiendo gustado el amargor de la jornada. Esta es la canción que recordamos, a lo largo del camino, cuando el vivir actual es superior a nuestra tolerancia y cuando las amarguras del presente nos invitan a la deserción y al refugio en el pasado.

¡Felices aquellos que podemos recordar la canción sencilla, cantada por nuestra madre para adormecernos! ¡Felices aquellos que no olvidamos, nunca, la caricia que fué, para nuestros oídos infantiles, aquella canción ingenua que iba desvaneciéndose, suavemente, a medida que el sueño cerraba nuestros ojos y el sueño alzaba la cortina de Guignol de nuestra subconciencia, ignorante de la opresión!

Cuando tu buena mujer canta cerca de la cuna de tu hijo, respeta, con religioso silencio, su dulce cantar. Y piensa que aquella canción escribe, en el libro de vida de tu hijo, una página de poesía que el tiempo, que tanto borra, no podrá borrar jamás.

XII

(No debe imponerse modelos al niño).

Ya hemos hablado, alguna vez, de la ventaja de ofrecer al niño, desde los primeros años, buenos modelos, como elemento eficaz de su educación. Ya hemos hablado de cómo los padres debemos realizar un esfuerzo de superación, para aparecer, ante nuestros hijos, algo mejores, de lo que, en realidad, somos, por el hecho de representar el modelo más próximo.

Pero esta presentación de modelo no debe ser hecha juntamente con la invitación a imitar el modelo presentado, porque una actitud semejante puede suscitar una legítima rebeldía contra el modelo y contra las virtudes del modelo.

Familias hay que tienen la ventura de un niño bueno, al mismo tiempo que la inquietud de un niño que

vive magníficamente su libertad, y ellas piensan resolver el problema, indicando al segundo el modelo del primero. Cada vez que el pequeño cavernícola ejercita su derecho a la vida, surge a sus oídos la invitación a imitar la bondad del hermanito, a actuar como actúa el hermanito bueno, a ser respetuoso como el hermanito bueno, para gozar de las generales simpatías de que goza el hermanito bueno.

Esta invitación inocente es generadora de una rivalidad lamentable entre los hermanos. No sólo el amante de su libertad experimenta el disgusto del hermanito bueno, que se le ocurre un símbolo prohibitivo de todos los ejercicios de su libertad, sino que aún el hermanito bueno llega a experimentar el desagrado del compañero que le es perfectamente opuesto, al mismo tiempo que llega a hacerse excelsiórico el concepto de su bondad ejemplar.

Si el niño rechaza cuanto se le ofrece, contrariando sus sentimientos, gusta, en cambio, y muchísimo, de aquellos hechos que percibe por propia cuenta: de ellos hace su más preciado tesoro personal. Ese amante de su libertad, que mal tolera consejos y para quien los reproches, más que de freno, sirven de estímulo vigoroso, no tendrá inconvenientes serios en percibir el agrado que producen, en el ambiente, ciertas actitudes de su hermano y el desagrado que, en el mismo ambiente, producen las actitudes opuestas del hermanito irrespetuoso y bullidor.

Los modelos son útiles; pero no deben ser impuestos

jamás. Nuestros abuelos soñaban hijos que realizasen, en la vida, la obra de César; porque ellos no sabían que los hijos no realizan, en la vida, la obra impuesta por sus padres, sino aquella que les toca realizar. Nuestros abuelos, cuando acariciaban un modelo para sus hijos, agotaban los recursos de presentación del modelo elegido, y solía suceder que los hijos se alejasen tanto de este modelo que, en no pocos casos, llegaban a la inversión total.

Los modelos son útiles; pero para que el niño y el hombre tomen de ellos aquello que les conviene tomar, aquello que puede contribuir a formar parte de su personalidad; pero sin destruír esta personalidad, intangible para los padres, intangible para los maestros. Presentemos los modelos y cuidemos de presentarlos bien, sin exageraciones peligrosas, para que nuestros hijos puedan aprovecharlos, discretamente.

XIII

(Hay que enseñar al niño afecto y respeto por el indio).

Desde la ventana de mi escritorio, percibo la imagen de una madre india, vendedora ambulante de maiz tostado, que lleva sobre sus hombros al hijo de sus entrañas. Cubierta la cabeza por un sombrerito de paño burdo y defendidas las espaldas por un manto de varios colores, la cara con falta de expresión y tranquilo el ademán, la madre india vuelve la mirada de sus ojos hacia el pequeño fardo agradable. Y el pequeño fardo se chupa, fervorosamente, los dedos de una mano, mientras ocupa la otra en jugar con las negras trenzas maternas.

El espectáculo de esta madre, imagen que parece arrebatada a las telas magníficas y plenas de alma india de nuestro Sabogal, me ha hecho pensar en el desdén incomprensible con que nuestro vanidoso mestizaje obsequia al indio y en la importancia que el

fomento de tal actitud desempeña en la situación intolerable en que mantenemos al indio.

La frivolidad costeña considera, aun, hipérbole desdeñosa el calificativo de *serrano*. Cuando ella ha pronunciado esta palabra, ha querido expresar todo aquello de desagradable que ofrece la humanidad: ella ha querido decir ruindad de cuerpo y de espíritu, cuidado mínimo del cuerpo y cuidado mínimo del espíritu.

La palabra va y viene, y quienes la pronuncian, despectivamente, ignoran el daño que causan. Palabra inocente, representa, perpetuación del agravio tradicional hecho a la raza fuerte que dominó un día en estas tierras de América; pues quienes establecen diferencias tan considerables entre nuestros hombres de la costa y aquellos de la sierra, se avecinan, sin quererlo, a aquellos sujetos que, desde los albores del siglo XVII, pusieron en duda la existencia del alma india.

Quienes hemos esperado siempre en la obra fuerte de la raza autóctona; quienes hemos creído que las esperanzas de grandeza de la Patria están estrechamente vinculadas al aprovechamiento de la fortaleza indiscutible de la raza nuestra, halamos necesario reaccionar contra el vicio educativo, fomentador del desdén por el indio. Creemos necesario educar a nuestros niños en el sentido del respeto y cariño para la raza india, para que el blanco y el mestizo de la costa concedan menos importancia a la pigmentación de la piel que a las excelsitudes del espíritu, y no consideren

agravio durísimo la referencia a las calidades de la sangre, que tanto preocuparon a nuestros abuelos.

Vivimos días de igualadora democracia, para que sea lícito mantener el culto del abolengo. Vivamos orgullosos de la herencia de talento y de honestidad; pero renunciemos al culto, pueril, de la herencia de pigmento blanco. Y recordemos que todos los pigmentos de la piel estuvieron reunidos, en las horas de prueba de nuestra nacionalidad, y que todos ellos se reunen, en los empeños de engrandecimiento de la Patria.

Digamos a nuestros hijos, blancos y mestizos, nacidos en la costa, que al otro lado de los Andes vive vida llena de esfuerzos no pregonados, sujeta a privaciones que por calladas son desconocidas, en lucha perpetua con las inclemencias del ambiente y con la incomprensión de los grupos sociales dominadores, una infancia serrana que necesitamos hacer muy fuerte y muy nuestra, si queremos hallar, a favor del tiempo, las compensaciones reclamadas por nuestra historia.

XIV

(No le evitéis al niño el espectáculo del dolor ajeno).

La viejecita abuela, muy pequeñita y muy delgada, no doblegado el talle por obra de los años, pero sí vacilante el paso, me llevaba de la mano, compañero poco resignado al silencio de ella.

En aquellos largos paseos, largos por el paso menudo y lento de la abuela, hallamos, alguna vez, un mutilado: la hoja acerada de una industria, poco previsora, le había arrebatado ambos miembros inferiores, y el sujeto debía erguir el grueso busto sobre una carretilla que impulsaba por sus propias manos. Sudoroso el rostro sucio, crecida descuidadamente la barba, aquel desventurado expresaba dolor y esperanza: el dolor de su mutilación, la esperanza de valerse a pesar de ella.

Cuando la abuelita se dió cuenta de mi obstinada

observación, tiró bruscamente de mi mano, para decirme, con su voz trémula:

—No mires eso, niño.

Yo no pregunté a la anciana por qué no debía mirar aquel dolor humano. Avancé con ella, sonriente ante sus empeños de apresurar el paso. Y llegamos a la casa.

Ya en la casa, me pregunté a mí mismo la razón de ser del concejo de la abuela. Y no pude hallarlo.

Hoy, cuando la silueta de la querida abuela es un vaguísimo recuerdo en la fatigada memoria, cuando la duda me asalta en el empeño de reconstruir el rostro bondadoso de la anciana, pienso en el error de su consejo. No hacía bien la abuela en negarme el espectáculo del dolor ajeno.

Está bien que el hogar ponga fervorosos empeños en evitarnos el dolor; pues que harto será el dolor que suframos a lo largo de la vida y tiempo habrá de sobrarnos para hacer el rudo aprendizaje del dolor; pero no está bien que nos mantengan en la ignorancia del dolor de los demás.

El niño que contempla al niño enfermo o al hombre enfermo, puede comparar con ese estado de enfermedad su estado de salud. El niño que visita al huérfano y sabe aquello que el huérfano echa de menos, en su alba cama del hospicio, comprende la felicidad de su hogar y aprecia, en todo su valor, el tibio afecto que el cariño de los padres pone en torno a la cama más pobre. El niño que visita el hogar pobre, sabe to-

cia aquella brisa de ventura que sopla en el hogar propio. Y estos conocimientos, al mismo tiempo que hacen la mayor felicidad del niño, le dan una noción de la existencia del dolor, de la enfermedad, de la orfandad, de la pobreza. Y le enseñan, además, aquella obligación—que con tanta frecuencia olvidan los ricos y los felices—de compartir fortuna y felicidad con los humildes y los desventurados.

Yo llevaré a mis hijos, en peregrinación, al hospital de niños, en visita a los huérfanos, en visita a los miserables. Y los llevaré para que sus manecitas se hagan al hábito de la dádiva. Y para que sus tiernos espíritus, sabiendo que existe el dolor en la vida, no crean, cuando el dolor llegue para ellos, que el Dolor es el trágico intruso...

———

XV

(Preocupáos de la educación sexual del niño).

En tanto que la autoridad no cumpla el deber de instituir la parte de enseñanza de la vida sexual que corresponde a la escuela; en tanto que esta educación sexual esté completamente abandonada, precisa que vosotros, padres de familia. os decidáis a educar, en todo lo concerniente a la vida sexual, a vuestros hijos. Precisa que vosotros, por vosotros mismos o delegando poderes a un médico discreto, iniciéis a vuestros hijos en los misterios de la vida sexual, indicándoles, en momentos oportunos, en oportunidades ofrecidas por la curiosidad e interés suyo, cuáles son las finalidades de esa función importantísima de la vida humana; cuál es su higiene y cuáles son sus peligros. El médico llenará, mucho mejor que vosotros, muchos aspectos de este grave cometido: él procurará ser claro, sin licensiosidad, y procurará evitar, en el varón, los

extremos de la oposición: aquel que conduce a la disipación y aquel otro que conduce a la abstención absoluta, aun después de cierta edad. AMBOS EXTREMOS DEBEN SER CUIDADOSAMENTE EVITADOS.

Pero debéis evitar, en todo caso, que vuestros hijos, aun en muy tierna edad, sean testigos de vuestras intimidades conyugales. Evitad, asimismo, toda revelación brusca, en lo relativo a los misterios de la generación; pues podéis sembrar, con revelaciones inconsultas, así como con secretos excesivos, una neurosis que se desarrollará, cuando menos lo penséis. En una larga época infantil, la imaginación del hijo está verdaderamente a caza de datos relativos al origen de las personas y las cosas. El alimento que se dá a esta curiosidad es decisivo para la constitución del carácter de la persona, que pasa en vuestro hogar—y sois responsable por ello—los años de la vida en que toda influencia personal es una verdadera semilla, buena o mala, que dará sus frutos, también, respectivamente, muy buenos o muy malos, más tarde.

Precisa, asimismo, que las madres de famila, tan celosas como lo son todas de la felicidad de sus hijas, digan a éstas, en su oportunidad, algo respecto a la maternidad, poniendo empeño en evitar, en esta forma, a sus hijas, todos aquellos males y todas aquellas tristezas que ellas mismas, por ignorancia, no pudieron evitar.

Con suma frecuencia, la madre olvida que la hija a quien educa debe o puede llegar a ser madre tam-

bién y no propende a constituir el carácter de la niña, en forma tal que, al llegar a cierta edad, se halle capacitada de valerse por sí misma, sin ayuda, sin tutela, tanto en los menesteres prácticos como en los deberes morales.

Es menester formar el criterio, madurar el carácter, de suerte que no tenga la futura esposa y madre que buscar siempre el apoyo y consejo, cuya incapacidad puede llevar a la neurosis, cuando surjan las responsabilidades, o puede crear una madre incapaz de ejercer sus funciones de tal, contribuyendo a constituir un hogar desdichado, agravándose los efectos en la generación siguiente. DOTAD DE SUFICIENCIA EL CARACTER DE VUESTRAS HIJAS.

XVI

(No hay que imponer vocación al niño, sino ayudarle a encontrarla).

Muchos de vosotros, padres de familia, habéis resuelto la profesión de vuestros hijos, cuando éstos contaban seis o siete años de edad; habéis resuelto hacer de ellos médicos o abogados o militares, sin sujetaros a precepto científico alguno: un niño inteligente, que observa, con simpatía, el automóvil de su padrino médico o de su tío médico, ha sido condenado, por vosotros, al estudio de la medicina; un otro niño, de aparente robustez física, de carácter fuerte—para conservar un término que os es grato y familiar—ha sido condenado, por vosotros, a la carrera de las armas. Habéis procedido en tal forma, porque ignoráis que el gran secreto educativo consiste en colocar sobre los

hombros de los sujetos el fardo que ellos pueden conducir, sin mengua de su resistencia.

Cuando habéis querido aprovechar de uno de vuestros hijos, para transportar un objeto, habéis tenido, muchas veces, el escrúpulo: "Es demasiado peso para él". ¿Por qué no habéis tenido el mismo escrúpulo, al poner sobre los hombros del espíritu de ese hijo vuestro, el fardo de una profesión? ¿No habéis pensado, alguna vez, que no todos los hombres han nacido para guerreros, que no todos han nacido para ser dedicados a las profesiones liberales?

Niños que, colocados en el camino de una ocupación manual, hubiesen llegado a las satisfacciones y tranquilidad de la fortuna ganada con el personal esfuerzo, colocados en la pendiente de una profesión, cuyo ejercicio representa, para ellos, un gasto de energías de que, en realidad, carecen, llegan, fácilmente, al agotamiento y a la catástrofe espiritual: LLEGAN A LA NEUROSIS Y A LA DEMENCIA.

La ciencia de hoy tiende a revolucionar los métodos de educación, y también los de crianza deben cambiar en el mismo sentido. Así como antes se creía que el Sol giraba en torno de la Tierra, y se cree hoy que la Tierra gira en torno del Sol, que es el astro cardinal, así hoy los métodos de enseñanza y de crianza no se imponen al niño; hoy no gira el niño en torno de la voluntad caprichosa o dogmáticamente disciplinada del padre y del maestro, sino que el maestro y el padre ponen su voluntad y su inteligencia al servicio del

interés del niño. La educación no va, ciega y tiránicamente, de fuera a dentro, sino, por el contrario, de dentro a fuera. No hay que imponer costumbres, intereses, curiosidades, sentimientos o ideas al niño, sino alimentar, desarrollar, diferenciar, compensar, substituir, sugerir y sublimar costumbres, intereses, curiosidades, sentimientos e ideas. Así su educación será sólida y su personalidad propia y armoniosa. ASI TAMBIEN SE EVITAN LOS CONFLICTOS DEL ALMA INFANTIL QUE SON EL ESBOZO DEL CONFLICTO VITAL QUE SE LLAMA NEUROSIS Y LOCURA.

La Medicina Mental puede prestaros el servicio de un consejo saludable: ella se encuentra en posesión de elementos, adquiridos hace pocos años, que le permiten la orientación vocacional de vuestros hijos: ella tiene cómo deciros cuáles son los fardos que puede soportar, sin peligro, el espíritu de vuestros hijos; ella sabrá indicaros cuáles son los fardos que ese espíritu no debe ni puede tolerar.

XVII

(Hay que asimilar nuestro yo inactual a las durezas de la vida).

Para pocos hombres es fácil la vida; para la inmensa mayoría de los humanos, ella está llena de dificultades, que hay que aprender a vencer; llena de enemigos, que precisa aprender a conocer y a dominar. Todos estamos preparados para el placer; pocos son los preparados para el dolor. Precisa hacer este aprendizaje; precisa que, lentamente, suavemente, se nos enseñe, desde niños, la defensa del daño, el dominio de la dificultad, la energía necesaria para sufrir, sin experimentar grave convulsión espiritual. Precisa saber, en el momento oportuno, que la vida es dura; aunque es posible HACERLA MENOS DURA.

En muchos casos, tal vez en todos, lo más arduo de la lucha no está en batallar contra las dificultades ajenas a nosotros mismos, sino en adaptar los sentimien-

tos, las tendencias afectivas, nuestras fantasías y nuestras ideas de otro tiempo, a los propios problemas de nuestra vida actual. El peor enemigo que tenemos, está escrito, somos nosotros mismos, es nuestro Yo inactual. Hay que asimilar, con la meditación, la reminiscencia, el estudio y el sabio consejo, ese nuestro Yo inactual, insatisfecho siempre, porque también tiene pretensiones imposibles. En el fondo de nuestra alma, duerme nuestra alma infantil, ajena a los reclamos de la realidad exterior y a los imperativos del deber social.

ES MENESTER ASIMILARLA AL MUNDO TAL CUAL ES Y SOCIALIZARLA.
